

PREFACIO

El calor que el sol irradiaba era agradable. La brisa arrastraba olor a salitre y las olas rompían en la arena. Las dunas se sucedían hasta donde se perdía la vista, en un desierto eterno que brillaba con la luz de la mañana como formado por pequeñas montañas de oro. La retirada paulatina de la marea iba dejando al descubierto algunas conchas de múltiples tamaños y colores. Arbustos de hojas verdes sobresalían entre las dunas y se extendían por el final de la playa. Algunas piedras emergían entre la arena, marcando senderos hacia los acantilados que se alzaban a ambos lados de la cala.

No recordaba en qué momento habían llegado allí. Que ella supiera, el mar les quedaba muy lejos. Kishur se encontraba a su lado, sentado sobre una roca. El dárlico guardaba un extraño silencio.

—¿Qué hacemos aquí? ¿Estoy soñando? —preguntó Alhanna al cabo de un rato.

Kishur parecía no haberla oído, pues ni siquiera desvió la mirada hacia ella.

—Me quedaría aquí contigo para siempre —admitió ella contemplando la orilla.

—Sería agradable. —Kishur sonrió.

La joven observó su rostro relajado como pocas veces mostraba. Alhanna tomó un mechón plateado y lo apartó de la cara del dárlico. Kishur solo llevaba puesto el pantalón y una camisa blanca, remangada hasta los codos y un poco abierta de manera que dejaba ver su torso. Alhanna no pudo evitar fijarse en algunas marcas de antiguas heridas.

—Tienes muchas cicatrices —señaló ella.

—Es el precio a pagar por seguir viviendo. Ya debería de haberme marchado a descansar, creo que me he ganado ese derecho. —Kishur desvió la mirada hacia ella un momento—. La corona se ha vuelto cada vez más pesada desde que el Dragón la puso en mi cabeza. Me pregunto cuándo podré devolverla.

Lo que había dicho era imposible. Fue Raehlan-Tae a quien coronó el Dragón, no a Kishur. El dárlico fijó la vista de nuevo en el mar y su semblante sereno distrajo a Alhanna, que de repente dejó de tener conciencia del tiempo. Ahora solo podía prestar atención a la melodía de las olas, al calor del sol y a la brisa que acariciaba su piel con dulzura. Cerró los ojos y estuvo a punto de quedarse dormida, arrastrada por una paz que inundaba su corazón.

—Se hace tarde, debemos regresar. —El dárlico rompió el silencio y alteró la calma—. Muchos nos necesitan y no podemos defraudarlos.

—Quedémonos. Lograrías descansar en este lugar, siento que nada nos dañará si permanecemos aquí. Solos tú y yo —insistió ella con anhelo—. Fuera de esta playa te exigen demasiado, y no es justo.

—Eso es porque soy el dárlico gris. No hay otra opción para mí.

—Pues deja de serlo entonces.

—No me lo permitirán. —Le levantó la cabeza con un dedo bajo su barbilla—. No puedo detenerme ahora. Seguiré caminando por el mundo. Ya no recuerdo cuándo comenzó todo, pero necesito que termine.

Ella continuaba sin comprender lo que le decía. Por un instante, le pareció que el cabello de Kishur cambiaba de color, que se oscurecía. Creyó tener ante ella a otro dárlico. Cerró los ojos y se los frotó para recuperarse de la ceguera momentánea que la luz del sol le había causado. Al mirarlo de nuevo, él volvía a tener el aspecto de siempre, salvo por esa paz que su rostro transmitía.

—Kishur —lo llamó la joven.

—Ese no es mi nombre, Alhanna —aseveró él, y Alhanna se quedó atónita.

PREFACIO

Las olas estuvieron a punto de mojarles los pies. Si ese no era su nombre, ¿cuál podía ser? Lo imaginó con el pelo negro, como lo acababa de percibir en un momento de confusión. Conocía la leyenda sobre la coronación del primer rey: el Dragón cambió el color del cabello de Raehlan para volverlo gris. Y hacía solo un instante que el dárico había mencionado ese hecho como una vivencia propia. ¿Qué intentaba decirle Kishur? ¿Que él y Raehlan estaban conectados de alguna forma?

—Pronto mis pasos se detendrán —dijo Kishur entonces.

Alhanna lo abrazó con fuerza. Las palabras de Kishur le causaron una tristeza inmensa. Quiso preguntar a qué se refería, pero un miedo cerval se lo impidió. Al separarse de él fue consciente de la oscuridad que gobernaba el cielo. El mar había desaparecido y dejado un vacío absoluto en su lugar; las dunas de fina arena comenzaron a desvanecerse arrastradas por el viento. Ella intentó aferrarse al dárico.

Lo último que Alhanna alcanzó a ver antes de que aquel sueño se esfumara fue el rostro de Kishur y su cabello, negro como la noche.



Primera parte



Bosque de Ohn

Aquella criatura con aspecto de dárlico y alas había dicho su nombre. Una palabra había bastado para arrastrar a Kishur a la desesperación y hacer que perdiera la consciencia. Lo recordaba a la perfección, cada detalle, cada instante. El suelo cubierto por una masa oscura que abrasaba la hierba, los pies descalzos del Dragón, los ojos a medio abrir, el cabello azabache, la imagen parcial de su verdadera forma. Le recorría un escalofrío cada vez que pensaba en la gigantesca cabeza del Dragón y la longitud de los colmillos que había vislumbrado a través de aquella visión en su mente.

El nombre de Osharan resonaba en su cabeza, se repetía una y otra vez sin descanso. «Solo es una palabra», intentó convencerse. Pero era mucho más. Ni siquiera cuando lo coronó o cuando le encomendó la labor de buscar a Alhanna le reveló su nombre. Todo su mundo acababa de resquebrajarse bajo sus pies. Percibió que su vida ya no le pertenecía: ahora era del Dragón. En realidad, lo había sido desde que este lo convirtió en rey.

Comenzaba a atardecer. Se encontraban cerca del lugar en el que el Dragón había aparecido. Kishur tenía los dedos vendados por las uñas arrancadas, y la camisa manchada de sangre. El calor de la hoguera aliviaba el frío que le recorría el cuerpo. Tenía fiebre. Le dolían la cabeza y las extremidades, y notaba la lengua hinchada y pastosa.

Kishur y Alhanna guardaban un pesado silencio mientras se afanaban en aceptar lo ocurrido. Kishur les había prohibido hacerle preguntas, incluso a Ghiri. Necesitaba tiempo.

Alhanna dormía sobre una manta, algo apartada de él. El dári-

co la observó largo rato. Había recordado los últimos momentos de su vida como Raehlan-Tae, cuando el Dragón le requirió que aguardara la llegada de Alhanna. Ahora comprendía la razón por la que la joven había aparecido frente a él en su llegada a Muriath y, sobre todo, comprendía el sentimiento de protección que había aflorado en él en ese instante.

No era sencillo asimilar todo lo que acababa de descubrir, y no sabía cómo sentirse. Notaba el peso de muchas vidas sobre los hombros.

Kishur se incorporó y los demás lo imitaron. Se acercó a las llamas.

—Esperaremos aquí hasta que Alfar regrese. Si lo conozco bien, volverá una vez crea que el peligro ha pasado —declaró Kishur esforzándose por imprimir fuerza a su voz.

—¿Y después? —se atrevió a preguntar Ghiro.

Esa era una buena cuestión. Kishur supuso que el anciano habría pasado el día ansioso, pendiente de su reacción, fuera la que fuese. Sabía que todos tenían muchas preguntas, pero dudaba acerca de cuánto debía confesarles. Había decidido tratar de ignorar los recuerdos que guardaba, necesitaba seguir siendo solo Kishur. Porque, con cada visión de otra vida, su ira crecía y temía no ser capaz de controlarla. La herida del hombro le quemaba bajo las ropas, y tuvo que aguantar una oleada de dolor. Se sintió un poco mareado. El veneno de aquella flecha destinada a Shudei y que él había interceptado mordía su carne.

—Estáis enfermo —observó Ghiro. Kishur le asestó una mirada de advertencia—. La herida debe de haberse infectado. Si estoy en lo cierto, vuestro estado podría empeorar.

—No es tan grave, Ghiro —mintió Kishur, con la intención de seguir ocultando que lo habían envenenado.

—Perdisteis el conocimiento frente al Dragón —le recordó el anciano.

—Traté de luchar contra su poder, no quise dejar que me paralizara como hizo con vosotros. Y pagué el precio, eso es todo. —Era

cierto solo en parte, porque en ningún momento notó que intentara inmovilizarlo—. Fue a peor cuando pronunció su nombre.

—Si lo que sabemos sobre el Dragón es cierto, puede que seamos los primeros mortales en conocer su nombre. —Ghiro rodeó el fuego y se detuvo a su lado—. Toda mi vida he rezado a los dioses y los he venerado como la única verdad que me inculcaron desde mi nacimiento. Pero nunca nadie me explicó cómo sentirme o actuar en la presencia de uno de ellos; no se nos prepara para algo así.

Observó de nuevo el rostro del anciano, que reflejaba mucho cansancio. Pero una chispa de emoción brillaba en sus ojos. Kishur asintió para mostrar su conformidad con las palabras de Ghiro.

—Si alguna vez soñé con ver a uno de los dioses, os aseguro que ese jamás fue el Dragón Negro. —Ghiro miró a los componentes del grupo, uno a uno—. El más temible ser que haya existido en Muriath, antaño dueño del mundo.

—Quizás haya despertado para recuperar su trono —comentó Mayara.

Ninguno supo qué responder a eso. Si la historia que contaba su pueblo era cierta, el Dragón solo se había presentado una vez ante ellos, durante la coronación de Raehlan-Tae. Aunque Kishur sabía que hubo otra ocasión, mucho tiempo después, cuando fue a verlo antes de morir y le encomendó buscar a Alhanna. El corazón le latía deprisa.

—Yo ni siquiera era creyente —admitió Eltsay en voz baja, casi en un susurro.

—Nadie te ha preguntado. —Ghiro le lanzó una mirada hosca al joven.

—Era quien nos perseguía en la tormenta, ¿verdad? —dijo Mayara, expresando al fin la pregunta que se hacían todos los hajaeks.

—Parecía que no hubiera despertado del todo, como si aún estuviese decidiendo si regresar de su largo descanso —rememoró Kishur, y captó con esas palabras la completa atención de los demás. El dárlico gris se limpió el sudor de la frente.

—¿Lo visteis? —Ghiro levantó las cejas espesas y blancas—. ¡Yo no pude! Ni siquiera logré alzar la cabeza para buscarlo con la mirada, su poder me sometió desde el primer instante.

—Yo solo alcancé a ver la masa negra que manchaba sus pies y quemaba la hierba —compartió Ádria.

—Esa misma cosa la vi en Liampa cuando el demonio atrapó a Alhanna. En aquel momento tuve la impresión de que alguien más había acudido, pero lo descarté porque me pareció absurdo. Ahora ya no lo veo de ese modo. —Kishur contempló sus dedos vendados—. Quizá nos haya estado persiguiendo desde entonces.

—Alhanna nos aseguró que vio a un ser de ojos rojos en el sueño del rechazo —recordó Ghiro con un estremecimiento.

Kishur observó al anciano, confundido, pues había olvidado ese hecho. De ser cierto, significaba que el Dragón llevaba tras ellos desde aquella noche en Górgora en la que Alhanna recurrió a su endomia para matar a los kalastys. Se preguntaba si su intención era separarlos desde el principio. No tenía sentido. ¿Para qué pedirle entonces que la buscara? ¿Se debía al inconmensurable poder de Alhanna? «O a todos los errores que he cometido», se dijo.

—Estar frente a un dios... Ha sido el momento más importante de nuestras vidas. Y la ironía es que no hemos podido verle directamente. —La voz del anciano interrumpió sus pensamientos—. Es lo mismo que experimentaron los presentes en la coronación de Raehlan-Tae. Solo el rey pudo contemplarlo.

La mención del nombre hizo que Kishur diera un respingo. Porque ahora lo sentía en su interior como si estuviera grabado a fuego. El recuerdo de la coronación seguía vivo en su mente. La nieve, la soledad, el dolor. Y la presencia de Osharan.

—Se mostró ante nosotros con forma dárlica, con dos hermosas alas de plumas negras. Tenía el cabello largo y oscuro, y sus ojos refulgían con un rojo abrasador —explicó Kishur ante el asombro de todos—. Fui incapaz de concederle una edad, su rostro parecía ajeno al tiempo. También me permitió contemplar su verdadera

forma por medio de una visión que introdujo en mi mente. Os aseguro que va más allá de lo que alguna vez llegué a imaginar.

—Es tan insólito... —murmuró Ghiro, impresionado.

Kishur notó cómo lo observaban con una curiosidad desusada. Esa mañana había pedido a sus hajaeks tiempo para pensar, y lo habían respetado. Pero había llegado el momento.

—Tenía la convicción de que volver a Alviat para reclamar el trono e intentar arreglar los conflictos ocasionados durante mi ausencia era lo correcto —comenzó a explicar Kishur ante la atenta mirada de los hajaeks y de Ghiro—. Iba a luchar contra cuanto se interpusiera entre la corona y yo, porque creía que era mi obligación.

—Y así es —lo interrumpió el anciano—. No podéis dar la espalda a vuestra gente, os esperan. Aún hay tiempo.

—¿Y Alhanna? —preguntó Mayara sin dejar que Kishur respondiera.

—Debemos permitir que se la lleven al otro lado —manifestó Ghiro, visiblemente angustiado—. Le tengo un gran aprecio, pero ha dejado de ser nuestra responsabilidad. Ese demonio encapuchado lo dijo: es inmortal. No cabe duda de que su poder pertenece al otro lado de la Jistar.

—Tus palabras son crueles —dijo Mayara con severidad.

El rostro ominoso de Kishur estaba iluminado por las llamas de la hoguera. Ghiro tragó saliva y levantó la barbilla.

—No cambiaré de opinión —aseveró el anciano.

—Entonces mi decisión no te complacerá, Ghiro —sentenció Kishur con firmeza—. No me ha resultado sencillo tomarla, pero es la correcta. Alviat y la corona carecen de relevancia ante el regreso del Dragón. No puedo negar su petición, al igual que no lo hice cuando me impuso buscar y proteger a Alhanna. Ha requerido mi vida y eso es lo que obtendrá.

—¿Qué os impuso buscarla y protegerla? ¿Cuándo? ¿De qué forma? —Ghiro comenzaba a impacientarse.

Sabía que el anciano siempre antepondría el bienestar de Alviat

a cualquier otro propósito, aunque este viniera de la mano de un dios. Para Kishur era al contrario.

—No voy a discutir esto contigo, Ghira. Dejaron a Alhanna a mi lado por unos días para que me acompañara, y aprovecharé ese tiempo. Mientras viajo hacia la antigua morada del Dragón, tendré ocasión de pensar un plan para alejarla del peligro; no permitiré que vaya al otro lado. Pero en lo que a mí concierne, no le negaré al Dragón sus deseos y me retiraré a su morada.

—Habéis perdido el juicio, no podéis abandonar a vuestra gente. ¡Os suplico que recapacitéis! —Ghira se acercó a Kishur y lo agarró del brazo, un gesto extraño en el anciano—. ¡Vosotros! ¿No diréis nada? —preguntó a los hajeaks, que le devolvieron un gesto de incertidumbre.

¿Desde cuándo les consultaban sus decisiones? Desde luego, Ghira estaba desesperado. Kishur no podía explicar el verdadero motivo por el que era incapaz de desobedecer al Dragón. ¿Cómo hacerlo? Le salvó la vida y lo nombró rey. Sentía que, hiciera lo que hiciera, su vida estaba en manos de Osharan, y no podía cortar los hilos que lo ataban a él. Como tampoco sabría deshacerse de la unión con Alhanna.

Asintió con la cabeza para permitir a los hajeaks expresarse libremente.

—Mi camino es el vuestro, si he de acompañaros a ese lugar y ver cómo entráis para permanecer allí el resto de vuestra vida, que así sea —dijo Mayara con firmeza—. No seré yo quien os pida que deis la espalda a nuestros dioses.

—Si es lo que el Dragón requiere y vos lo aceptáis, yo también —aseguró Eltsay.

—Lucharía hasta mi último aliento por vos —comenzó a decir Ádria—, y dejaré de hacerlo cuando me lo pidáis. Os seguiré allá donde vayáis.

Ghira lo soltó, conmocionado por la reacción de los hajeaks. El anciano se pasó las manos por la cara y caminó para alejarse de Kishur. Aguardaron pacientes a que se calmase y regresara a la

hoguera, porque sabían que lo haría. Ghiro acabaría por aceptar su decisión. No podría negar mucho tiempo la petición de uno de sus dioses.

—Os pido que desobedezcáis la orden del Dragón, aunque eso os convirtiera en un traidor a sus ojos. —Ghiro habló con mesura—. No puedo aceptar que acudáis a la morada para acabar vuestros días de esa forma. Nacisteis para ser rey.

—Te equivocas: no nací para gobernar —afirmó Kishur sin atisbo de dudas.

—¿Cómo podéis decir algo semejante? —Ghiro negó con la cabeza, contrariado.

El anciano cerró los ojos y suspiró con cansancio. Sus brazos reposaron laxos a su costado; estaba derrotado. Cuando volvió junto a su señor, parecía dispuesto a seguir discutiendo todo el tiempo que fuera necesario. Pero Kishur apartó la vista de él cuando Alhanna comenzó a moverse sobre la manta. Acababa de despertarse.

—¿Y cómo llegaréis a su morada? —Mayara lanzó la pregunta más obvia—. Imagino que si os pidió acudir debió ser porque confiaba en que os será posible llegar. Sin embargo, hasta el momento, todo lo que sabemos sobre la antigua morada del Dragón son conjeturas.

—Le hablamos de esto a Alhanna cuando llegó a nuestro mundo. Del lago que servía de puente con Asthaluss, el Lashvaeg —dijo Ghira

—Conozco el camino —afirmó Kishur ante la sorpresa del resto—. Estuve allí.

—¿Habéis estado en la antigua morada? —El anciano soltó una carcajada mientras se limpiaba el sudor de la frente—. Lo afirmáis sin el menor pudor cuando una vez dijisteis que yo estaba loco por creer en la existencia de este tipo de lugares —le recordó Ghira con acritud—. A veces no os reconoczo.

—Lamento oír eso. —Kishur le sonrió. Había compartido con el anciano muchos de sus secretos, pero no todos.

El aire soplaba entre las ramas, enfriando el ambiente. Kishur

notó que su malestar iba en aumento. Deseaba que los demás no lo percibieran, era lo último que necesitaba. Se acarició el hombro y sintió su piel arder a través de la ropa. Esa conversación ensombrecería el corazón de Ghiro, pero era necesaria.

—Me habéis acompañado durante quince ágaras, con paciencia y lealtad. —Kishur les habló de forma solemne—. Habéis crecido como hajaeks y habéis servido con integridad. Ha sido un honor teneros a mi lado.

—Deteneos, mi señor. No sigáis —le rogó Ghiro con la voz atragantada.

—Os libero de vuestro deber. Lo doy por cumplido.

Los hajaeks miraron a Kishur impresionados. Ghiro, fue incapaz de articular palabra mientras negaba con la cabeza. Kishur se detuvo a observar a cada uno de ellos; iba a emprender un camino muy distinto al que les estaba destinado, no podía mantenerlos a su servicio. Si deseaban continuar a su lado, debían hacerlo por voluntad propia, no por obligación. Pero Kishur pudo leer en sus rostros que todos lo seguirían. Incluso Ghiro.

Alhanna los estaba observando en silencio, sentada sobre la hierba. La joven se incorporó y caminó hacia Kishur con aire decidido. Luego alzó el brazo y sostuvo con delicadeza un mechón de cabello gris entre sus dedos. Y sonrió.

—Eres Raehlan-Tae, ¿verdad? —La pregunta de Alhanna lo pilló por sorpresa.

Oír de nuevo ese nombre le provocó a Kishur una extraña sacudida, y el pulso se le aceleró. Cerró los ojos y se concentró para no dejarse llevar por los recuerdos.

—He visto el color de tu cabello volverse negro, y me has hablado de cuando el Dragón te dio la corona. De alguna forma, eres Raehlan. Creo que no me equivoco —dijo ella sin soltar su pelo. Lo observaba fijamente—. Estábamos en una playa los dos hasta que desapareciste. Me dejaste sola.

—Has estado soñando, Alhanna. Te quedaste dormida al atardecer. —Kishur soltó con alivio el aire que había retenido en los

pulmones—. Llevamos aquí todo el tiempo. No hemos estado en ninguna playa, mira a tu alrededor.

Ella lo hizo, con el ceño fruncido.

—Pero pareció tan real... —murmuró Alhanna.

—¿Viste cómo le cambiaba el color del pelo? —preguntó Ghiro con interés—. Has debido soñar con la historia de la coronación de Raehlan-Tae.

—No, no se trataba de eso. Estábamos nosotros dos en la orilla del mar. Por alguna razón, he pensado que Kishur es la reencarnación de Raehlan —insistió la joven.

Ghiro intentó decir algo, pero no pudo. Los hajaeks no ocultaron su incomodidad. Ellos no creían en la reencarnación, cuando un dárlico fallecía su lanfe viajaba al mundo venidero. Y esa era una verdad absoluta. Kishur no dijo nada.

—Eso que dices no tiene sentido —comenzó a decir el anciano—, Raehlan...

—¡Dejad de pronunciar ese nombre! —bramó Kishur, fuera de sí.

Los recuerdos se agolparon en su mente, y se llevó las manos a la cabeza. Parecía que le iba a estallar, sus sienes palpitaban. Un ramalazo de dolor le atravesó el hombro y se dejó caer sobre una rodilla. Se vio rodeado de nieve: los copos caían sobre su rostro y mojaban su piel. El Dragón estaba frente a él de nuevo. «Dime tu nombre».

—Basta... —rogó Kishur. El dolor era insoportable.

Algo más trataba de abrirse paso en su mente, quizás otro recuerdo, no estaba seguro. Tratar de retenerlo era doloroso. Pero debía hacerlo, deseaba seguir siendo solo Kishur, nada más que eso. En ese momento, supo que estaba al borde de perder el conocimiento; la fiebre y el veneno lo habían debilitado demasiado. Los copos de nieve continuaron cayendo ante sus ojos, y una pluma negra danzó en el aire. Kishur alzó los dedos e intentó atraparla sin éxito.

Alhanna no soportaba verle en ese estado. Kishur tenía la ro-

dilla derecha apoyada en el suelo y se masajeaba las sienes con los dedos vendados. Por un momento temieron que se desmayara, pero parecía haberlo resistido. Les hizo una señal para que ninguno se acercara, y ni siquiera ella se atrevía a desobedecerlo. Alhanna tragó saliva. Era evidente que la mención de Raehlan le causaba un dolor que ella no era capaz de entender.

—Solo ha sido un sueño, no he debido decir esas cosas —dijo Alhanna tratando de quitar peso a la situación—. Me he despertado confusa. Lo siento.

—No importa —dijo Kishur con voz cansada.

Se incorporó y recuperó su rostro pétreo. Alhanna no percibió malestar al observarlo, pero sabía que solo era una fachada impuesta por el dárico. A pesar de eso, verlo restablecido le alivió profundamente. Pensó en el sueño que había tenido de la playa, tan real que costaba creer que solo lo hubiera imaginado. Recordó la imagen de Kishur con el cabello oscuro y no pudo evitar esbozar una sonrisa triste, porque comenzaba a sospechar que el mal que lo aquejaba estaba relacionado con eso.

—A veces es mejor aceptar lo que somos y dejar de huir —murmuró Alhanna.

—¿Eso crees? —le preguntó Kishur mientras se acercaba a ella—. ¿Aceptas tú los sueños que tienes sobre la torre? Porque ahora sé con certeza que eres el ser que puede esgrimir el poder que encierra. Para eso viniste a Muriath.

—Asthaluss me envió para encontrar al juez —se defendió ella.

—Creo que ya imaginas que viniste para mucho más.

Las palabras del dárico conmocionaron a Alhanna. Recordó al chico de ojos verdes y la visión que ambos tuvieron de Zahel. Sintió una profunda tristeza por haberlo dejado atrás y, sin darse cuenta, desvió la vista en dirección a Cimeag.

—Puede que tengas razón; quizá la torre me esté llamando —admitió Alhanna.

Alhanna intentó contenerse, pero le fue imposible. Se abrazó a Kishur de la misma forma en que lo hizo en el sueño. En esa

BOSQUE DE OHN

ocasión, el dárico no desapareció. Tenían por delante un nuevo camino, mucho más ominoso y perturbador de lo que hubieran imaginado. Kishur desconocía qué le aguardaba en la antigua morada del Dragón. Optó por pensar que poco importaba quedar allí encerrado, pues el veneno que corría por su cuerpo no le concedería demasiado tiempo para averiguarlo. Debía poner a salvo a Alhanna. Y lo haría aunque eso supusiese tener que enviarla de regreso a Asthaluss.